

a pesar de la necesidad propia, es realizar el más sublime de los heroísmos, resumir el amor de todos los tiempos y de todos los seres y resucitar por un instante el Paraíso en las tinieblas dolientes de la vida.

El óbolo de la viuda se impone aquí como un recuerdo.

El ejercicio de la caridad significa la permanencia del heroísmo. He aquí lo que Cristo exige y lo que es preciso darle. Digan lo que quieran los ridículos sensibilistas modernos, sobre su fórmula espantosamente hueca del bien por el bien mismo, la caridad tiene por objeto consolar a Dios en la persona del pobre. El bien por el bien mismo es el círculo vicioso de los lógicos, y en general un concepto estéril. Se sabe que la caridad produce un premio, pero esto nada quita a la abnegación. Conocer una cosa no implica pretenderla, y pretenderla cuando se sabe que ella contribuirá a la gloria del género humano, es alejar toda idea de egoísmo. Como hay solidaridad en el dolor, la hay en la bienaventuranza.

Pero el fondo mismo de la caridad es el dolor; su doble concepto, de res-

titución y consuelo, se resume en esta palabra: salvación. Esto significa el solemne y magnífico simbolismo con que la liturgia decora la presente semana. El culto del pobre, objeto principal del cristianismo, tiene su expresión más profunda en esa angustiosa noche del huerto, cruzada por millares de arcángeles, que esperan la aparición de la siniestra aurora con las alas tendidas sobre Jerusalén.

Y el cuadro se reconstruye en cada espíritu, pues aquella tragedia está en cada hombre.

Las tumbas hostiles, que son los deseos satisfechos, reposan esperando un hartazgo de sangre. El egoísmo avanza con su antorcha en la mano, pronto a estampar el astuto beso que huele a zorra. Cerca, duermen las virtudes, fieles, pero cansadas de luchar. La sombra es espesa, pues la noche abunda en el alma. Y allá en el bosque profundo de la conciencia, cuya es la angustia, solo y dolorido, con su palidez de sol en agonía, está el eterno Jesucristo de las gentes, desamparado ante la inmensidad—sudando sangre.

LEOPOLDO LUGONES.

## DE "LA COLINA DE LOS CHOPOS"

*LA COLINA DE LOS CHOPOS es el nombre bajo el cual se idealiza un lugar de Madrid donde Juan Ramón Jiménez ha vivido una etapa de su vida. Además, es el título de un libro donde el poeta condensa las experiencias espirituales de esa etapa—horas íntimas, paisajes, personas—, proyectándolas sobre el fondo esencial de la vida española. No sabemos cuándo aparecerá el libro, porque Jiménez, como todo grande artista, deja madurar los frutos de su alma. Debemos a su amistad y a su gentileza poder mostrar hoy una primera espiga de tan dorada cosecha.*

### SOLEDAZ

Aquí y allá, lejos, por la orilla del canalillo retorcido; en parejas o en ternas, como fantasmas de amistades; solos, como sombras de amigos solitarios; los chopos sin hojas, dulces, callados, melancólicos...

Apenas son chopos. Casi no dejan ver color ni luz, para que la muerte no los vea. Si un pajarillo los siente y se va a ellos, se ve más el pájaro que ellos. Un poco más, y su forma se desvanece, de miedo a no ser, como humo, en la nada... ¡Qué soledad, amigos!

No se mueven siquiera ni se quejan, ni aun suspiran. Calladitos, a ver si la muerte no los oye... Si una agua los refleja, se oyen más en el agua que en ellos... ¡Qué silencio, amistad, qué silencio!

NICOLAS ACHUCARRO

LA AURORA, le puse yo cuando lo

conocí. Donde él entraba, parecía que entraba el primer sol; y aunque a él le gustaba poco entrar como médico, curaba, como el sol, con sus rayos ultra.

Sí, yo no sé qué hay en él de borrachera, de borrachera del espíritu. Se ve que le está tocando, en ardiente embriaguez, el centro del corazón, por algún sitio, a la vida. Lleva como sangre ideal en sus manos sin fatiga. El buho de Minerva vive bien en su hombro, pero tiene en los ojos la luz del canto de un canario sin gayarrismo. «Alado Gayarre», le decía al pájaro amarillo un profesor que intentó enseñarme a cantar en mi adolescencia.

Ahora, un poco tocado de un secreto otoño prematuro, tiene algo de canario enfermo, de chopo enfermo, pero a través de cuyas hojas de oro, alas de oro, siquiera siempre despuntando, asoma el sol de la verdad, de la belleza y de la sabiduría. Parece que la aurora está pasando, en él, por una extraña fase...

### SOLEDAZ

Se van, se van, se van todos. Mediodía azul, azul, azul, casi sin oro, de un sol azul. Y se queda solo el paseo grande, con su sierra de cristales amontonados. Y lo que parece que se queda solo es la sierra.

¡La sierra sola, desde Madrid solo! Está tan unida a él, a lo suyo, en tal

inminencia avasalladora, como la tormenta, la guerra, el terremoto o la paz.

¡Y ahora, el mediodía de invierno, sola! Todos se han ido a comer, a sus casas calientes y cerradas. Y yo, que no le quito a la sierra, ni me quito a mí la soledad, estándome, la miro, la miro, la miro sin hambre de comida, ni afán de estufa; y ella, casi encima de mí ya, me mira, me mira, me mira, libre y blanca...

MANUEL B. COSSIO

—BUENO, hombre, bueno...

Se quita los lentes, que le dejan una huella honda en la arrebolada blandura externa, y un momento en una acomodación difícil, no ve. Pero, de pronto, como cuando el sol sale de entre cúmulos, revuelos de aurora, su flor asoma entre las enredaderas de ramaje, o su estrella del mar, entre las algas de la ola. Flor, estrella del mar. espiritual rayo azul.

Sí, aquí está ya...—Recuerdo una marina crepuscular del Norte, igual a Cossío; marina nubosa, con un barco encallado en la costa, agua y cielo trocados, en donde vigilaba un lucero.—Aquí está ya. Se yergue, como un lirio doblado, con agua nueva.—Tiene mucho de vegetal y de mineral. Pocos hombres parecen tan paisaje.—

¡No, no, qué está vivo! Y como ese fuego apretado y total, que se derrama al remover una ceniza rescoldada, se vuelve de dentro a fuera, erizado de chispas, infinito de ojos, vibrante, de una pieza, como la espada desnuda del guardián caído, en la Resurrección de Cristo, del Greco.

### SOLEDAZ

Los troncos negros de los olmos, de corteza aborregada, mantienen, sin moverse, el amarillo total de sus hojas, entre las que, aquí y allá, se ven, en la penumbra fresca de la tarde, vagas fachadas violetas.

Parecen las hojas disecadas por manos invisibles, laminadas entre la tierra y el cielo, que se aprietan el pecho largamente, en una despedida sin fin.

Ya casi no se tienen en el viento; ya casi se las lleva, al pasar por ellas, el mirlo; ya no son más que el sostén de la luz.

TOMAS MEABE

Sus amigos lo llevan por ahí, muerto en sus bolsillos. No importa. Bastan los dos o tres gritos que han dejado darle en su ahogo, para definir la silueta de su vida triste y pobre. Un hombre sensible y descuidado, con arbolillos, todavía, de oro y plata mojados y apariciones rosas en el cielo,